

# ¡UN PUENTE DE SOGA!

Por R. H. H. Thomas

LA ULTIMA noche del campamento de Conquistadores, realizado en Dayboro, Australia, fue una noche de mucha excitación para los 56 conquistadores y sus dirigentes. El sábado de noche, después de la fogata, comenzó a llover copiosamente, y así siguió durante toda la noche y durante todo el día domingo. El domingo de noche todos se acostaron temprano, completamente empapados. El director del campamento fue de tienda en tienda dando palabras de ánimo, y en cada una de ellas encontró que los cuatro muchachos que la ocupaban se habían acostado lo más cerca posible del centro para evitar las goteras que caían por los costados de la carpa.

Las fogatas se apagaban lentamente a medida que las gotas iban cambiando las brasas en carbones. Rayen, el director del campamento, pensó que sería prudente echar un vistazo al río antes de acostarse. El campamento estaba situado junto al río Pine, que a menudo se desbordaba durante la estación lluviosa.

Chapaleando entre el barro y la hierba mojada, Rayen comprobó que el agua no había subido. Ayudado por la luz de la linterna, vio como el agua se precipitaba furiosamente por el lecho del río, pero, no obstante, alentó la esperanza de que no se desbordara.

Dirigiéndose a su tienda, se acostó, y trató de pensar qué hacer en caso de que el río se desbordara, pero se quedó dormido arrullado por el sonido de la lluvia sobre la lona de la carpa y por el grito ocasional de una lechuza. De pronto despertó sobresaltado.

¿Qué era ese ruido? Prendió la luz para ver la hora. Era la una de la mañana. ¿Eran vacas lo que había oído? Y le pareció oírlas muy cerca. ¿Por qué mugían tan desesperadamente? También le pareció que el río se había acercado. Pensó que sería prudente echarle una mirada.

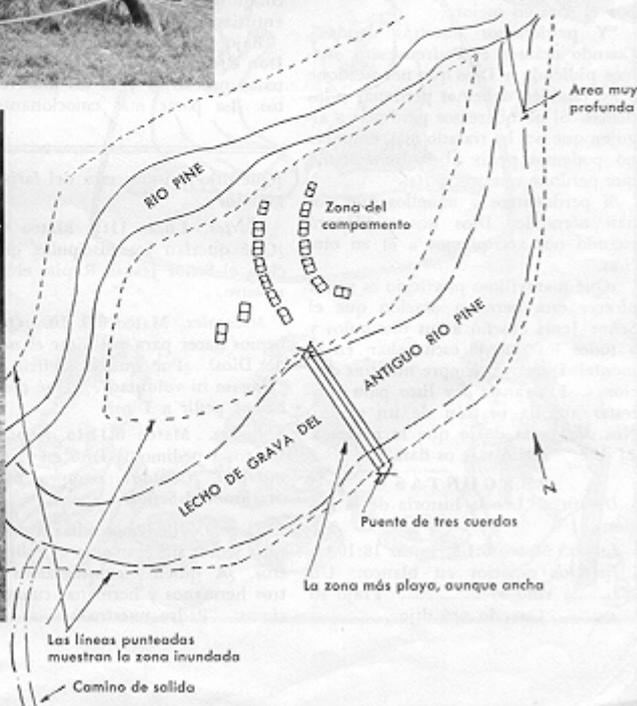
Tomando su gran linterna, se deslizó fuera de la bolsa de dormir. Abrió la lona que cubría la entrada y a la luz de la linterna se ofreció ante su vista un espectáculo aterrador. A poco menos de 15 metros de la tienda pasaba un torrente de agua barrosa que arrastraba troncos y ramas de árboles que avanzaban entrecuchándose unos contra otros. Restregándose los ojos comprobó que no se trataba de una pesadilla. ¡Todo era muy real! Y entonces se percató de la horrible verdad.



La foto de la izquierda muestra la forma cuidadosa en que se sujetaron las sogas. La foto de abajo da detalles de los palos que formaban el extremo del puente. El mapa muestra la ubicación del puente.



28—4



El río había crecido tanto que se había formado un nuevo brazo y ahora corría atravesando el campamento bordeando por ambos lados el pequeño montículo sobre el cual se habían levantado las tiendas. El campamento había quedado convertido así en una isla rodeada por agua que corría turbulenta y que subía a cada minuto. ¿Cuánto demoraría en derribar las tiendas y en ahogar a todos los acampantes?

Rayen despertó sin demora a uno de los consejeros y juntos inspeccionaron el lugar. Habían quedado engolfados por las aguas desbordadas. La isla en la cual habían quedado tenía unos 200 metros de largo y menos de la mitad de ancho.

-Esto tiene mal aspecto -dijo el consejero-. Si el agua se eleva otros tres metros estaremos muy mal. No tenemos esperanza de poder cruzar a nado esa correntada lodosa.

Los dos decidieron pues observar la situación durante las siguientes dos horas. Si el río continuaba creciendo a ese ritmo, tendrían que encontrar alguna forma de evacuar a los conquistadores, y el equipo, incluso los dos automóviles

Desde ese momento los minutos parecieron horas a los dos dirigentes que vigilaban la creciente. A las cinco de la mañana Rayen dio un suspiro de alivio cuando examinó la marca que había colocado a la orilla del agua y notó que el río no había crecido durante una hora. Pero todavía estaban en un grave problema.

Se realizó un concilio y se decidió construir un puente de tres cuerdas a través del río desbordado. Eso bastaría para los acampantes. Las tiendas, y el equipo restante, incluso los dos autos, habría que dejarlos hasta que la lluvia amainara y el río volviera a su nivel normal.

Esa parecía ser la mejor solución, y cuando se anunció el plan a los conquistadores, todos lo acogieron con entusiasmo.

Bajo la dirección de los consejeros Don Craig y Les Irwin se cortaron los palos necesarios y se los amarró juntos. La parte más emocionante fue cuando se pasó la primera cuerda a través del río torrencioso. Ron Lee se ofreció para hacerlo.

Atándose uno de los extremos de la sogal alrededor de la cintura se metió al agua. Ayudándose con los brazos comenzó a cruzar contra la corriente pero se resbaló. ¡La corriente lo arrastraba! Los conquistadores, prendidos al otro extremo de la sogal, tiraban frenéticamente. En eso Lee pudo afirmar de nuevo los pies, y recobró el equilibrio. Y así siguió avanzando trabajosamente hacia la lejana orilla. De nuevo casi volvió a perder el equilibrio. La corriente se empeñaba en derribarlo. Pero él se aferró a la sogal y por fin, cansado y jadeante, pisó la orilla opuesta, con el rostro iluminado por una sonrisa de triunfo.

Un gran coro lo vitoreó desde la isla: "¡Llegó! ¡Llegó! ¡Bravo! ¡B-R-A-V-O!" Gritaron los conquistadores saltando y palmoteándose mutuamente en señal de júbilo. Los demás dieron un suspiro de alivio.

Después de cruzar la primera cuerda, el resto pareció fácil. En poco tiempo el puente comenzó a tomar forma a medida que se construían las diferentes secciones y se transportaban a la otra orilla.

Se dio la orden de levantar campamento y los conquistadores juntaron sus pertenencias y las envolvieron en las lonetas que usaban para proteger sus bolsas de dormir, y en pedazos de plástico extra que se habían usado para tapar el alimento durante los días lluviosos. ¡Entonces llegó el gran momento! El primer conquistador comenzó a cruzar cautelosamente el puente que ondulaba y se hamacaba con su peso. Pareció una eternidad hasta que llegó a la orilla opuesta, pero lo hizo. Luego, uno por uno, los demás acampantes recorrieron el puente de cuerdas hasta que todos quedaron a salvo en la otra orilla. Como medida de precaución, tres de los consejeros permanecieron durante todo ese tiempo en el lecho del río, tomados de otra cuerda, listos para ayudar a los que cruzaban en caso de que perdieran el equilibrio.

Inútil es decir que los consejeros respiraron hondo cuando terminó de pasar el último acampante. En eso uno de los muchachos preguntó:

-¿No podemos cruzar el puente de nuevo?

-¡Una vez basta en esta clase de tiempo! -respondió Rayen, y no era difícil advertir cierta firmeza en el tono de su voz.

Por suerte habían podido abandonar la isla. Pronto el agua subió tanto que cubrió completamente uno de los autos. "He visto subir el agua hasta un metro por encima del tope de las tiendas" le dijo un agricultor allí presente al director del campamento.

Lo cual muestra -dijo Rayen a los consejeros- que vale la pena estar seguro de que uno sabe lo que

¡Un puente de sogas!

debe hacer en un caso de emergencia.